

**Hansen, Roger D., *La política del desarrollo mexicano*.** México, Siglo XXI Editores, 1971.

Esta obra de Hansen es un análisis de la realidad nacional, que sigue siendo la de un país de contrastes, como lo ha sido en la historia, lo es en su geografía, en su población, en sus culturas. Realidad que incluye un crecimiento económico espectacular pero que —junto con puntos de arranque históricos anteriores al mismo—, presenta relaciones sociales plenas de contradicción; condiciones de ausencia, e incluso de disminución, de beneficios para la mayoría de los mexicanos y de oportunidades crecientemente concentradas para una minoría relativa; esto último es observable sobre todo en algunos renglones —ingreso, educación— y se compara con desventaja con relación a otros países latinoamericanos, que no experimentaron el proceso radical de una revolución que cambió sustancialmente al país. Hansen parece coincidir (p. 286) con otros observadores en que tales incongruencias profundas no son fruto de la casualidad, sino efecto necesario e inescapable del enfoque y esencia mismos del esquema de desarrollo económico implantado en México.

Ese esquema implica condiciones de posibilidad, en este caso, decisiones anteriores de tipo político dirigidas al control unitario y descendente de porciones apreciables de la población, el retraso consciente de políticas agrarias de reforma significativa, la canalización de recursos y oportunidades a un sector minoritario y la reducción de los mismos para la mayoría. El problema de fondo está en tratar de ofrecer una explicación de la subsistencia y el fortalecimiento de un sistema político que ha propiciado tales decisiones, más que en la sola descripción del fenómeno del crecimiento desde el punto de vista económico, el examen técnico de sus características o de la repartición de sus logros. Incluyendo estos aspectos como elementos necesarios de análisis, técnicamente bien tratados, Hansen intenta una explicación y una respuesta; utiliza así un acercamiento interdisciplinario —que puede ser oportunidad de sobrepasar los límites

parcialmente de las ciencias individuales y es un camino elegido cada vez con mayor frecuencia— para entender y describir una realidad social, la mexicana, que confunde la imaginación y escapa ilógicamente ante el esfuerzo de aprehenderla; no deja de tener significado extraño el que en esa realidad, por ejemplo, la corrupción sea más bien una *norma* que una conducta de desviación social y política (p. 4).

Hansen ofrece respuestas explicativas y acentúa la posibilidad de que esa difícil realidad puede entenderse mejor si se adentra en el análisis de las raíces y la herencia económica y política mexicana. El camino de examen puede no ser completo pero es altamente sugestivo: ¿en qué sentido una cultura política explica y fundamenta el ser y el operar de un sistema político determinado? ¿Se explica éste sólo por los valores, aspiraciones, conductas de sus actores principales? ¿En qué medida representan éstos, valores extendidos y realmente operantes de la sociedad que gobiernan? ¿Si no hay "representatividad" en este sentido, por qué la vigorosa subsistencia de un sistema político que durante años pareció a sí mismo y a muchos sin necesidades mayores de mutaciones fundamentales? ¿Si tal representatividad fuera muy baja —y en cierto sentido los apoyos sociales demasiado difusos o aun opuestos—, la disgregación de la sociedad es tan alta que el sistema político puede operar en cierto modo en contradicción con ella y casi como en un vacío?

El acento del autor en el aspecto de la "cultura política mestiza" —como él la llama y que puede ser discutible en los alcances que le concede— no debe distraer la atención de otros aspectos importantes. Es obvio que una explicación que se basara en aspectos individuales de valores y mentalidad personales sería una descripción trunca y sociológicamente insatisfactoria, a más que podría parecer chocante por lo que pudiera revelar de prejuicios étnicos inaceptables (cosa que, por otra parte, no pocos lectores pueden sentir en momentos); Hansen no cae en esta falacia y señala con rigor y atingencia una serie de aspectos que quizá pudieran denominarse objetivos: tal, la

política no sólo captada como avenida de movilidad socioeconómica personal, sino de hecho practicada con fruto en este sentido, y predispuesta *estructuralmente* a satisfacer esas aspiraciones, satisfacción que a su vez constituye un brillante efecto de demostración y una fuente eficaz de apoyo y de alianzas constantemente renovados. Es una movilidad real de individuos suficientemente numerosos como para asegurar la esperanza de otros muchos para el futuro y, por lo pronto, el funcionamiento aceitado de los mecanismos políticos y la lealtad de líderes móviles y de caciques cuya fuerza estriba en mirar hacia arriba y ser bien vistos desde arriba, y no en el beneficio y movilidad de quienes quedaron abajo de ellos y a quienes carismáticamente pretenden representar.

A esta movilidad se aúna el aspecto —también objetivamente real— de la adquisición, acceso y ejercicio del poder político en diferentes niveles y en distintos ámbitos; poder y ámbito que, según la anchura de la imaginación y la habilidad en las relaciones y circunstancias, frecuentemente desembocan también en conquistas más o menos respetables de posesiones y jugosas conveniencias de tipo económico, lo cual añade capacidad de convicción al factor de la movilidad. Así, se cierra convenientemente el círculo, al combinar el ascenso socioeconómico con el poder político. Para apreciar la importancia y la magnitud de estos aspectos en el sistema político mexicano, baste mencionar de paso el recuerdo que hace Hansen de la *Calle de los Cuarenta Ladrones* (p. 207) y el calificativo trágico del sistema político mismo como *La Cosa Nuestra* (cap. V), esto es, organización de perfiles y haceres criminales o delictivos.

Independientemente de los calificativos, los elementos de movilidad socioeconómica y poder político personales son efectos objetivos de una estructura y sistema políticos que están ideados y funcionan de tal manera que —como muestra el autor en análisis amplio y con datos comprobables— han sido perfectamente capaces de elicitar suficiente apoyo significativo, mantener latente la aceptación tácita, o bien, no despertar en demasía posibles apoyos difusos pero potencial-

mente conflictivos, satisfacer las demandas —relativamente reducidas en número o en relevancia—, y construir con ello alianzas suficientemente flexibles, mutantes y efectivas para una renovación admirable y para una legitimación relativamente poco cuestionada y que no ha necesitado recurrir a la represión violenta como modo habitual de proceder —aunque en edición futura el autor tendría que agregar una aclaración *post-scriptum* todavía mayor a este respecto, para cualificar este último rasgo por los sucesos de 1968 y otros posteriores (pp. 228; 293).

A un nivel más amplio y trascendente, pueden aducirse otros elementos objetivos realizados en gran parte bajo las acciones de esa rara élite política, mezcla de tradicionalismo e impulsos modernizantes, que Hansen describe: entre otros, el sostenimiento y aceleración del crecimiento económico y una estabilización en proceso de cambio estructural —si bien en este punto es probable debería entrarse en un examen de lo que el autor entiende por tal—; el mérito, obviamente, está en el señalamiento certero y en el manejo seguro de datos que, por ejemplo en los capítulos I a III en forma especial, fundamentan la validez de estos componentes objetivos más globales, los cuales —junto con los relativamente más reducidos ya mencionados—, se entrelazan con el acentuado análisis de la cultura política para formar la maciza unidad de esta obra.

A pesar de que, como ha tratado de indicarse en los párrafos anteriores, el trabajo de Hansen incluye en forma sistemática aspectos objetivos y análisis de la cultura política mestiza —el cual se ha sugerido no debe hacer olvidar los primeros—, puede permanecer en pie una posible dificultad de crítica de fondo a esta obra. Ese problema estriba, por un lado, en el enfoque general o entendimiento y modelo que sirve al autor para el análisis del sistema político y, por otra parte y como producto de lo anterior, en lo que podría aparecer como un psicologismo individualista, reducción que fallaría como análisis al pasar por alto los condicionamientos de un planteamiento estructural.

La obra, cuyo impacto en diversos círculos políticos e intelectuales del país es

apreciable, es también en ocasiones objeto de críticas en el sentido aquí apuntado; a sabiendas de optar por hacer hincapié en un aspecto más que en otros, pueden elaborarse algunas consideraciones acerca de la objeción y sobre un tema de particular interés.

Creemos que la primera parte del problema —falla en el enfoque general del trabajo— no puede sostenerse seriamente entre otras razones por los elementos examinados arriba y quizá, sobre todo, por el hecho —que no es simplismo dicotómico— de una serie de decisiones políticas que fueron anteriores y condiciones de posibilidad de desarrollos económicos posteriores, como se ha señalado, y que además podrían identificarse como la fundamentación de las características mismas del sistema político reciente y actual que es quien ha prohiado la estrategia económica y sus incongruencias; hecho que puede justificar y dar validez mayor al modelo de análisis por el cual opta el autor y que desemboca en la identificación de tales características, algunas ya aludidas y básicamente acordes con la realidad del funcionamiento político.

Por otra parte, la acusación de un psicologismo fácil por parte del autor al poner énfasis en interpretaciones de la cultura política mestiza parecería, por lo menos, perder de vista la combinación necesaria con los aspectos objetivos apenas sugeridos aquí, pero ampliamente tratados por el escritor. Sin embargo, esta dificultad no deja de ser seria; en cierto modo, va al fondo de los problemas apuntados en las preguntas propuestas más arriba y en ella está implicado el dilema constante de las ciencias sociales, que parecen fluctuar entre los polos de énfasis individual o estructural; esto es, el intento repetido por determinar de alguna manera los grado de influencia en los procesos sociales y realidades políticas de las actitudes, valores, conductas, "historia personal acumulada" de los individuos, por una parte, y de las condiciones objetivas, grupos y estructuras sociales en que viven, por otra. Evidentemente, éste es uno de los problemas torales de las ciencias de la sociedad y del hombre; por supuesto, para resolverlo no bastaría afirmar simplistamente que los unos crean los otros de modo

más o menos mecánico, atentado poco inteligente contra la variada complejidad de los hechos reales. Con todo, podría sostenerse en teoría poco cuidadosa que un enfoque enfáticamente estructural —por ejemplo, la utilización de un instrumento de análisis basado en una concepción de la estructura de clases sociales— sería por fuerza un camino más explicativo y que necesariamente debería aplicarse como alternativa casi única para el conocimiento y entendimiento del desarrollo económico y sistema político mexicanos; tal posición llegaría a adolecer precisamente del mismo defecto de visión incompleta y de enfoque parcial que podría haber en el psicologismo simplista que se critica y se usa como acusación. Habría que preguntarse de esta manera, si el análisis por clases sugerido en el ejemplo constituiría plataforma aceptablemente científica para un examen exhaustivo y un entendimiento cabal de la realidad socioeconómica y de la cultura política mestiza del Porfiriato que Hansen desarrolla como raíces de las realidades actuales, cuando una definición de clase social y su aplicación honrada al México de entonces y de ahora son, por lo menos, muy gruesas y altamente problemáticas. Cabría preguntarse también si con tal instrumento simplificado no puede haber ciertos escollos para explicar y justificar teóricamente el hecho recurrente de líderes que surgen de clases explotadas y traicionan repetidamente a sus compañeros de grupo y clase, aun cuando el ascenso en las condiciones socioeconómicas objetivas de tales líderes no haya sido muchas veces en manera alguna cualitativo; escollo similar podría aparecer en los casos de miembros de clases explotadoras, que a pesar de las condiciones objetivas en que se han creado —y quizá por ellas— devienen en líderes auténticamente revolucionarios de quienes surgen condiciones de opresión, y de esto también pueden encontrarse algunos ejemplos —pocos— en el análisis de Hansen, y de otros, sobre México (véase Trotsky, *El Joven Lenin*). Otra pregunta que podría ocurrir es si en algunos casos puede existir alguna relación entre la exigencia de análisis, enfoques e interpretaciones autocalificadas como radicales por quienes las propugnan,

y las deficiencias, problemas psicológicos, realidad insatisfactoria de la propia historia y de lo que se es de quienes hacen la exigencia; tales enfoques e interpretaciones podrían representar entonces una posición antepenúltima frente a lo social, a más de un ocultamiento más o menos prestigioso y revestido de un estatus nada despreciable de legitimación social y de generosidad; no es inútil esta línea de pensamiento si se considera la posibilidad de estudios sobre la personalidad de líderes políticos mexicanos y su relación con los desarrollos sociales —línea, por lo demás, que se ha utilizado en el caso de otros sistemas (v. gr., estudio de Langer sobre Hitler)—. Quizá parte del enfoque de Hansen sobre la cultura política pudiera entenderse como casi tocando una pregunta fundamental —que rebasa los límites de un enfoque solamente estructural— que tendría que ver con la actitud personal y cultural, la posición profunda de los hombres, ante el poder político y el ejercicio del mismo. En cuanto tal actitud tiene efectos reales en los procesos y composición de la sociedad, el señalar en esa dirección no puede simplemente dimitirse como psicologismo individualizante o miope, como algunos comentarios a ésta y otras obras podrían indicar. Puede argüirse, por supuesto, que cuestiones como las aquí esbozadas rebasan el ámbito de la ciencia empírica y el enfoque de la sociología, lo cual es cierto; pero habría entonces que reconocer la imposibilidad de resolverlas adecuadamente con un enfoque sociológico, aun rigurosamente estructural.

Por otra parte, el que haya algunas cuestiones que sean anteriores y también vayan más allá de lo social estructural, en manera alguna quita la validez justificable y la utilidad de enfoques estructurales, dentro de sus propios límites de posibilidad. Ya se ha señalado en líneas procedentes que el análisis e interpretación de una realidad social que acentuara en exceso cualquiera de ambos polos —individual o estructural— sería sociológicamente desequilibrado y parcial. Hansen analiza con amplitud de información y con rigor en la selección, las redes de relaciones en la élite política y de ésta con los mexicanos a través del com-

plejo de decisiones políticas y económicas; las de los mexicanos entre sí y respecto al sistema político; éste y otros tipos de relaciones, cuando son dinámicamente estables en duración y naturaleza, constituyen en gran parte las estructuras sociales y políticas de un país. El grado de influencia del funcionamiento real de los mecanismos y estructuras sociales sobre las actitudes y la realidad objetiva de los individuos, es el otro dato de la proporción. No es necesario aquí detenerse a repetir lo que se acepta ampliamente por cuanto las estructuras sociales son, si no determinantes, de manera obvia altamente condicionantes de los intereses, alianzas, orientaciones sociales de grupos y personas. Parece clara, por ejemplo, la relación entre la eficacia política de un partido, el énfasis de sus temas, y la composición socioeconómica de su membresía y simpatizantes (cfr., p. ej., pp. 294-96, 161-64). Más evidente en el caso mexicano, por la abundancia de datos, la relación progresivamente exacta entre lugar de nacimiento y condiciones socioeconómicas familiares, y oportunidades posteriores de educación, empleo y modo de relación con el sistema político (pp. 239 y ss.). Y, por supuesto, la coincidencia de intereses y las alianzas entre los grupos económica y políticamente poderosos a que han dado lugar el crecimiento económico mexicano, fruto, como señala Hansen, de bases políticas anteriores a los mismos (p. ej., pp. 266, 286 y ss.).

Es posible que una avenida de solución para el problema de fluctuación de las ciencias sociales en un péndulo de énfasis entre lo individual y lo estructural, esté en el señalamiento equilibrado y claro de factores interdependientes de ambos polos; ninguno de los dos puede pretender ser completo, y es obvio que aquí no se intenta siquiera apuntar soluciones en unos cuantos párrafos, sino simplemente sugerir algunos elementos de consideración e investigación quizá convenientes, que surgen de una revisión del trabajo que se comenta. Constituye esta obra, sin duda, un extraordinario intento de construir esa avenida.

Lo anterior se conecta en forma natural con el problema más amplio que se sugería

arriba acerca de las relaciones entre sistema y cultura políticos y, por tanto, con los procesos de educación. A más de las preguntas esbozadas anteriormente puede añadirse la que las complementa necesariamente: ¿en qué sentido el funcionamiento y composición reales del sistema político condicionan la formación y evolución de una cultura política y puede afirmar los rasgos negativos de ésta?

En forma similar a la existencia y efectos de un *currículum* oculto en la escuela, puede hablarse de un *currículum* oculto en la vida política. Con toda seguridad un alumno de cualquier escuela mexicana, hijo de un obrero de clase media baja o de un campesino de los estratos miserables, oye y lee con frecuencia altos elogios del deber de colaborar en la solución de los problemas de la comunidad, de las oportunidades, necesidad y obligaciones de participación en las decisiones políticas y la representación eficaz de demandas e intereses comunes; con igual seguridad, el *currículum* oculto del sistema político le hace aprender, con mayor eficiencia y retención, que sus mayores (y él mismo en el futuro próximo) no están interesados en los problemas comunes porque, en parte, su solución la ven como algo ajeno y lejano, ni tienen oportunidades reales de influencia decisiva en las orientaciones de las organizaciones obreras y agrarias, pilares importantes de apoyo y de control del sistema político, como señala Hansen, y mucho menos en los procesos de decisiones políticas nacionales; aprenden también, como sus sus mayores, a desconfiar de la validez de procesos electorales como forma de participación y expresión de demandas, y a dudar de la honradez en los propósitos para satisfacer justamente demandas y necesidades, externados por los actores del mecanismo político, como señalan los datos que se recogen en la obra que comentamos.

El funcionamiento real del sistema político parece entonces —para no hablar de la escuela y el sistema educativo que lo imitan— contribuir al ahondamiento de una especie de esquizofrenia cultural y política, a la afirmación de la desconfianza y de la duda respecto al sistema y procesos sociales, a la pasividad desesperanzada en las relaciones

con el sistema político. Es claro que en determinadas condiciones la educación de todo tipo podría contribuir a una mutación de las actitudes y las características de la cultura política; pero sólo podría hacerlo eficazmente en coincidencia con cambios reales en el proceder y realidad de las estructuras políticas. Hansen afirma llanamente que la élite política ha retrasado el desarrollo político de México. Y esto implica una confirmación de los rasgos negativos de la cultura política, interpretación a la cual se inclina el autor —y quien esto escribe.

Este cargo es uno de los más graves que puede hacerse a los regímenes pos-revolucionarios y a quienes han manejado el sistema político mexicano en los últimos cuarenta años, por la profunda corrupción que se generaliza en las relaciones humanas y políticas entre los mexicanos, y porque las actitudes de éstos y el funcionamiento político se entrelazan ante un futuro próximo que parece tener alternativas reducidas de acción (pp. 294 y ss.). En el fondo, asegura Hansen, poco ha cambiado en la situación fundamental del sistema y cultura políticos, en sus mecanismos y actitudes esenciales, si se comparan los regímenes actuales y el del Porfiriato. Los procesos educativos pueden y deberían poner énfasis en los rasgos y posibilidades constructivos de la cultura política; es probable que tal acción tenga algunos efectos, así sean limitados, aunque como se ha señalado, una eficacia aceptable está condicionada por elementos extra-educativos. La parquedad de cambio significativo de que habla Hansen, la posible afirmación de datos destructivos de la cultura política y la repetición acentuada de conductas políticas y de funcionamiento institucionales son, según el autor, continuación agravada de características políticas de autocracia, paternalismo impuesto y aceptado, decisiones radicalmente minoritarias, sólo que con un mayor perfeccionamiento y estabilidad estructurales. Al mismo tiempo, puede indicar un cierto grado de esclerosis y márgenes reducidos de posibilidad para cambios sustanciales en las instituciones y estructuras políticas, que dieran por resultado decisiones y procesos dirigidos a corre-

gir las incongruencias graves del desarrollo mexicano y una distribución más amplia tanto de oportunidades como de cargas sociales; esta aparente falta de flexibilidad institucional lleva al autor a predicciones en parte poco optimistas o inciertas (pp. 226, 290 y ss.) y, por supuesto, son fuente de preocupación seria para otros observadores y ciudadanos mexicanos.

Lo anterior se refuerza si se considera que la solidificación de que hablamos no se debe —como no se debía en el Porfiriato— a procesos institucionales basados en la lealtad a orientaciones políticas o a coincidencia profunda en las ideas, ni siquiera a satisfacción adecuada de necesidades y demandas de diversos sectores o de intereses ampliamente diversificados; Hansen sostiene la tesis de que “lo que realmente consolida el régimen actual... es un sistema de movilidad que atrae la fidelidad personal de los voceros de todos los sectores del PRI, desde arriba hasta debajo de la jerarquía del partido; el vigor que esa estructura de lealtades personales ha dado a la Coalición Revolucionaria le ha permitido... suprimir el descontento y la oposición en algunos casos o no tomarlos en cuenta en otros” (p. 285). Es claro, como señala el autor, que en tal estructura difícilmente puede hablarse de una institucionalización y racionalización del sistema político; sí puede colegirse perfiles de flexibilidad limitada.

Debería ir casi sin aclaración, pero es obvio que de una obra tan variada en temas e información hemos tomado sólo unas cuantas líneas de desarrollo y muchos aspectos quedan sin tratamiento justo. Bien se puede estar en desacuerdo con varias apreciaciones de esta obra —por ejemplo, algunas predicciones que aventura el autor, o la importancia que concede a elementos de incertidumbre para el futuro, o la aparente admisión de validez en cifras electorales, o algunas exageraciones parciales en su análisis de la cultura política—; sin embargo, queremos acentuar también nuestro juicio de que, a pesar de desacuerdos particulares, el trabajo de Hansen es una de las mejores realizaciones logradas hasta ahora en el tema que desarrolla, y por diversos motivos

muy superiores a otros trabajos cuya lectura puede resultar más o menos frustrante, como pueden ser las obras de Brandenburg, Huntington o Scott. Es poco común el encontrar un trabajo de investigación sobre fuentes secundarias que muestra rigor en el análisis y simultáneamente notable capacidad sintética.

Esta valiosa síntesis presenta además una serie de temas que constituyen una invitación a posibles desarrollos e investigaciones posteriores; ya se han señalado algunos y pueden, a guisa de ejemplos, aducirse otros: la necesidad de una mayor investigación sobre cultura política y el desarrollo de un marco teórico adecuado para interpretarla; las relaciones de lo anterior con los procesos educativos; o bien, un examen más riguroso de la época política de Cárdenas, acerca de la cual Hansen externa provocativos puntos de vista en relación con la modernización política de México (pp. 133, 260), juicios que coinciden en gran parte con los de un observador y participante mexicano (cfr. M. Moreno Sánchez, ap. *¿Ha muerto la Revolución Mexicana?*, vol. II, p. 125) y los cuales podrían compararse con las apreciaciones de un testigo (cfr. V. Anguiano Equigua, *Lázaro Cárdenas, su feudo y la política nacional*. México 1950); el desarrollo de modelos de análisis de sistemas políticos apropiados y surgidos de las realidades latinoamericanas, etcétera.

La obra de Hansen, pues, es valiosa como síntesis y como fuente de ideas que deben convalidarse; la traducción es atinente, aunque con algunos errores menores (p. ej., pp. 288, 286, 294), y debe aquí señalarse el esfuerzo meritorio de la editorial Siglo XXI por presentar en castellano una gran variedad de obras necesarias, como la presente.

El libro de Hansen es, así, una referencia fundamental y necesaria para quienes tienen interés en el conocimiento de la realidad mexicana, el análisis de los procesos sociales, el papel y contribución en ellos de la acción educativa, y las posibilidades de cambio en una sociedad latinoamericana.

Fernando Estrada S.,  
Centro de Estudios Educativos.